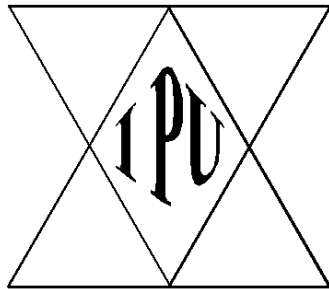


**PIETRO UBALDI**

***GRANDES  
MENSAJES***

# **INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA**



[www.ubaldi.org.ve](http://www.ubaldi.org.ve)

## PREFACIO

Para el Instituto Pietro Ubaldi de Venezuela, IPU, es motivo de gran satisfacción presentar a los lectores en lengua castellana, una nueva obra del Profesor Pietro Ubaldi; el heraldo de la Nueva Civilización del III Milenio.

El contenido de esta obra es el Evangelio, por encima de todas las religiones, siendo toda ella dirigida por el gran faro de nuestra civilización: Cristo.

*Los Grandes Mensajes* corresponden a un ritmo significativo de fechas: Navidad de 1931, Pascua de 1932, 2 de Agosto de 1932, hasta la Pascua de 1933 – XIX centenario de la muerte de Cristo, cumbre central de la cual continúan retumbando dos mensajes más de 10 años en 10 años, o sea, en la Pascua de 1943 y en la Navidad de 1953.

Este ritmo surgió sin que Pietro Ubaldi lo supiese. Toda la obra se desarrolló como obedeciendo a un plan establecido que el autor humano no conocía y del cual, sólo después se apercibió.

Atravesada así en Italia la segunda gran guerra, el autor se desplazó por fin hacia el Brasil para, desde allí, irradiar su pensamiento en las Américas, donde nacerá la nueva civilización del futuro.

Algunos de los acontecimientos previstos en estos mensajes ya se realizaron. Otros se verificarán en el mismo sentido para preparar y realizar la Nueva Era aquí anunciada. Estos mensajes son el primer aviso al mundo en la víspera de acontecimientos apocalípticos. Por eso ellos ya salieron impresos y fueron difundidos en las más alejadas partes del mundo: de Europa a Indochina, en el mundo árabe y en las Américas. Se calcula que sólo el “Mensaje del Perdón” (escrito en Asís, Italia, en el día del Perdón de la Porciúncula de San Francisco de Asís) alcanzó espontáneamente cerca de medio millón de ejemplares. El hecho de que: un hombre desconocido, sin medios ni apoyo, solo, alcanzase tales resultados, o sea, consiguiese que sus escritos le dieran la vuelta al mundo como movidos automáticamente por fuerza propia, llevó a pensar que aquí existiese algo así como una milagrosa fuerza interior que por sí misma todo lo impulsase.

El autor humano se presenta sólo como instrumento de un pensamiento superior al cual obedece. Quien conoce esta obra, ve funcionar sin duda una providencia, una

voluntad superior que no solamente inspiró una obra gigantesca que parece imposible que pueda salir de un cerebro humano, sino que también todo lo dirigió en su realización, con inteligencia y potencia asombrosas, volviendo posible el milagro de la difusión de tal obra en los dos hemisferios, como hoy acontece.

Dejamos al lector, sensible e inteligente, el trabajo de entender lo que habrá por detrás de estos hechos, que solos por sí mismos no se explican, el trabajo de comprender si hay, y cuál es, la voluntad de Dios que los dirige y sustenta. Cada uno juzgará por su cuenta, en el secreto profundo de su alma, con ella, situándose solo, con toda sinceridad, delante de Dios, procurando escuchar la voz interior que habla en todas las conciencias honestas. Así todos podrán saber cuál es la fuente de tales Mensajes a través de la emoción y del convencimiento que en cada uno de ellos generarán y que cada uno percibirá nacer en sí, espontáneamente, como respuesta a su lectura.

# MENSAJE DE NAVIDAD

*NAVIDAD DE 1931*

En el silencio de la noche santa, escúchame. Deja de lado todo el saber, tus recuerdos, a ti mismo, abandónate a mi voz, inerte, en la nada, en el más completo silencio del espacio y del tiempo. En este vacío, oye mi voz que te dice levántate y habla: Soy Yo.

Exulta por mi presencia: para ti ella es un bien grande, un gran premio que duramente mereciste; es aquella señal que tanto invocaste de este mundo mayor en que vivo y en el que tu creíste. No preguntes mi nombre, no trates de individualizarme. No podrías, nadie lo podría; no tienes hipótesis inútiles. Sabes que soy siempre el mismo.

Mi voz, tan dulce para ti, tan amiga de todos los pequeñitos que sufren en la sombra, sabe también ser tremenda y tonante, como jamás la oíste. No te preocupes; escribe. Mi palabra se dirige a las profundidades de la conciencia y toca, en lo más íntimo, el alma de quien la escucha. Será oída solamente por el que se volvió capaz de oírla. Para los otros, se perderá en el vocear inmenso de la vida. Pero no importa: ella debe ser dicha.

Hablo hoy a todos los justos de la Tierra y los llamo de todas las partes del mundo, para que unifiquen sus aspiraciones y oraciones, haciendo de ellas un haz que se eleve al cielo. Que ninguna barrera de religión, nacionalidad o raza os divida, porque muy pronto una sola será la división entre los hombres: justos e injustos.

La división está en lo íntimo de la conciencia y no en vuestro aspecto exterior visible. Todos los que sinceramente lo quieran, pueden comprender y cada quien, por sí mismo, sin que su vecino pueda ver, sabrá quien es.

Mi palabra es universal, pero es también un llamado íntimo, personal, a cada uno. Muchos la reconocerán.

Se aproxima una gran transformación para la vida del mundo. Esta es solamente una voz, pero otras se elevarán, muy en breve, siempre más fuertes, fijándose en todas las partes del mundo, para que a nadie le falte consejo.

No temas; escribe y observa. Contempla como la trayectoria de los acontecimientos humanos se extiende por el futuro: cuando no se está preso en vuestra férrea jaula de espacio y tiempo se ve “naturalmente” el futuro. Mas esto que te expongo es también coherente según vuestra lógica humana y, por lo tanto, os es comprensible.

Los pueblos, así como los individuos, tienen una responsabilidad en el desarrollo histórico, el cual sigue un curso lógico según un encadenamiento de causas, que, si es libre en las premisas, es necesario en las consecuencias.

La ley de justicia, aspecto del equilibrio universal, bajo cuyo gobierno todo se realiza, incluso en vuestro mundo, quiere que el equilibrio sea restaurado y que las culpas y los errores sean corregidos a través del dolor. Lo que llamáis mal, injusticia, es la natural y justa reacción que neutraliza los efectos de vuestros actos. Todo es deseado, todo es merecido, aunque no estéis preparados para recordar el cómo y el cuándo. De dolor está lleno vuestro mundo, porque es un mundo salvaje, lugar de sufrimiento y de pruebas; pero no temáis al dolor, que es la única cosa verdaderamente grande que poseéis. Es el instrumento que tenéis para la conquista de vuestra redención y de vuestra liberación. Bienaventurados los que sufren, os dijo Cristo.

Vuestro progreso científico, principal producto de vuestro tiempo, seguirá avanzando en el campo material. Está, mientras tanto, acumulando energías, riquezas, instrumentos para una nueva y gran explosión. ¡Imaginad a que punto llegará el progreso mecánico, ampliado aún más, si ya consiguió tanto en pocos años! No existirán más, en verdad, las distancias y los diversos pueblos se comunicarán de tal modo que habrá una sociedad única.

La mente humana, sin embargo, cambia de dirección de cuando en cuando, vive ciclos o períodos, y en cada uno afronta un problema diferente. El futuro contiene no sólo continuaciones sino transformaciones, consecuencias de un proceso natural de saturación. Vuestro progreso científico tiende a volverse y se volverá tan hipertrófico, porque no es contrabalanceado por un progreso moral paralelo, que en los acontecimientos históricos el equilibrio no podrá ser mantenido. Está creciendo y crecerá cada vez más, sin precedentes en la Historia, el dominio

humano sobre las fuerzas de la naturaleza. El hombre tendrá un inmenso poder, pero para ello él no está moralmente preparado, porque vuestra psicología es, en sustancia, infelizmente, la misma de la tenebrosa Edad Media. Es un poder demasiado grande y nuevo para vuestras manos inexpertas. El hombre será dominado por una sensación de orgullo y de fuerza tan grande, que se traicionará. La desproporción entre vuestro poder y la altura ética de vuestra vida se hará cada día más acentuada, porque cada día que pasa es, irresistiblemente, para vosotros, que os lanzasteis en esa dirección, un día de progreso material.

Las ideas son lanzadas en el tiempo, con masa que les es propia, como los bólidos en el espacio. Noto un aumento de tensión, lento pero constante, que preludia el inevitable estallido del rayo. Esta explosión es la última consecuencia, aún de acuerdo con vuestra lógica, de este movimiento. Desproporción y desequilibrio no pueden durar; la Ley quiere que se resuelvan en un nuevo equilibrio. Así como la última molécula de hielo hace desmoronar el iceberg gigantesco, así también surgirá el incendio de una centella cualquiera. Antiguamente los cataclismos históricos, por estar aislados los pueblos, se podían mantener circunscriptos; ahora no. Muchos que hoy están naciendo, lo verán.

La destrucción, sin embargo, es necesaria. Será destrucción sólo de lo que es forma, incrustación, cristalización, de todo lo que debe caer, para que permanezca solamente el concepto, que sintetiza el valor de las cosas. Es necesario un gran bautismo de dolor, para que la humanidad recupere el equilibrio, libremente violado: gran mal, condición de un bien mayor.

Después, la humanidad, purificada, más leve, más seleccionada por haber perdido sus peores elementos, se reunirá en torno de los desconocidos que hoy sufren y siembran en silencio, y retomará, renovada, el camino de la ascensión. Empezará una nueva era en la que dominará el espíritu y no la materia, la que será reducida al cautiverio. Entonces, aprenderéis a vernos y a escucharnos; descenderemos en multitud y conoceréis la Verdad.

Basta, por ahora; vete y reposa. Volveré, pero recuerda que mi palabra está hecha de bondad y que solamente un objetivo de bondad me podrá atraer. Donde sólo existe curiosidad, deseo de emociones, liviandad o aún escéptica investigación científica, ahí no estaré. Solamente la bondad, el amor y el dolor me atraen.

Yo presido el progreso espiritual de vuestro planeta y para el progreso espiritual un acto de bondad tiene más valor que un descubrimiento científico. No invoquéis

la prueba del prodigio, cuando podéis poseer la de la razón y la de la fe. Es vuestra bajeza que os lleva a admirar, como signo de verdad y poder, la excepción que viola el orden divino. Si eso os puede asombrar y convencer, a vosotros anarquistas y rebeldes, para nosotros en lo Alto, ella constituye la más estridente y ofensiva disonancia, es la más repugnante violación del orden supremo en que reposamos y en cuya armonía vibramos felices. No busquéis semejante prueba; reconocedla, mejor, en la cualidad de mi palabra. A todos digo: “¡PAZ!”



# MENSAJE DE RESURRECCIÓN

*PASCUA DE 1932*

De más allá del tiempo y del espacio llega mi voz. Es una voz universal que habla al mundo entero y permanece verdadera a través de los tiempos. La verdad no puede experimentar cambios, si es vista por esta o aquella nación, si es observada por una raza u otra, porque el alma es siempre la misma en todas partes, si se le examina en su profundidad.

Vengo a vosotros, hoy, en la Pascua, sobre todo para iluminar y confortar, porque os encontráis sumergidos en una onda de dolor. La denomináis crisis y la imagináis crisis económica; yo, sin embargo, os digo que se trata de una crisis universal, crisis de todos vuestros valores morales, de todas vuestras grandezas. Es el desmoronamiento de todo un mundo milenario. Os digo que la crisis se encuentra principalmente en vuestras almas, crisis de fe, de orientación, de esperanzas. Es un vertiginoso momento de grandes maduraciones.

Os traigo esperanza, orientación, paz. A cada uno digo hoy la palabra de la verdad y del amor, palabra que ya no conocéis, para reconducir a los orígenes milenarios de la fe con el intelecto nuevo, nacido de vuestra ciencia. En el día de la resurrección os repito la palabra de la resurrección, para que podáis comprender el dolor y superéis las estrechas fronteras de vuestra vida. Conmovido, hablo a cada uno en el sagrado silencio de su conciencia. ¡Oh tu que lees, aléjate, por un momento, de los inútiles ruidos del mundo y escucha! Yo soy espíritu y al espíritu hablo. Mi voz no te alcanzará a través de los sentidos, sino que a través de esta lectura la sentirás aflorar dentro de ti en el lenguaje de tu personalidad. Mi voz no llega como todas las cosas, del exterior, pero surgirá en ti, por caminos desconocidos, como cosa tuya, de la divina profundidad que en ti existe y en la cual también yo estoy.

El universo es infinito y vengo de lejos, atraído por tu dolor. Nada me atrae tanto como el dolor, porque solamente en él, el hombre es grande, y se purifica y redime, dirigiéndose hacia destinos más elevados. Es triste que seáis así golpeados, pero, sólo sufriendo, podéis comprender la realidad de la vida. Exulta, porque éste es el esfuerzo de tu resurrección. A quien sufre yo digo: “¡Coraje! Eres un decaído que en la sombra reconquista la grandeza perdida”. Es la justa

reacción de la Ley que libremente transgredisteis y que exige el retorno al equilibrio; instrumento de ascensión, el dolor os señala el camino que extraviasteis, os obliga a reabrir vuestra alma, cerrada por las alegrías fáciles que desgraciadamente os ciegan, para que alcancéis júbilos más altos y verdaderos. El dolor es una fuerza que os obliga a reflexionar y a reencontrar en vosotros mismos la verdad olvidada. Es imposición de un nuevo progreso. Abraza con alegría ese gran trabajo que te llama a realizaciones más amplias. Si no fuese el dolor, ¿qué te forzaría a evolucionar hacia formas de vida y de felicidad más completas?

No te rebelas; por el contrario, ama el dolor. No es la venganza de un Dios, sino el esfuerzo que os es impuesto para otra conquista vuestra. No lo maldigas, pero apresúrate a pagar la deuda contraída por el abuso de libertad que Dios te dio para que fueras consciente. Bendice esa fuerza saludable que, superando las barreras humanas, sin distinción traspone todas las puertas, penetra lo que es secreto, golpea, manda, y se hace comprender por todos. Abraza al dolor, ámalo y él perderá su fuerza. Acepta la indispensable escuela de las ascensiones. Si te rebelas, tu fuerza no conseguirá nada contra un enemigo invisible y la más impetuosa violencia, en cambio, recaerá sobre ti de retorno.

¡Coraje! ¡Ama, perdona y resurge! No busquéis en los otros el origen de tu dolor sino en ti mismo, y arrepiéntete. Recuerda que el dolor no es eterno, sino que es una prueba que dura hasta que se agote la causa que lo originó. Tu dolor es calculado y no irá “*nunca*” más allá de tus fuerzas. El mundo fue creado para la alegría y a ella volverá. Del otro margen de la vida, otras fuerzas velan por ti y te extienden los brazos, más ansiosas que tú por tu felicidad.

He hablado con el corazón al hombre de corazón. Hablaré ahora a la inteligencia.

Tenéis, oh hombres, la libertad de vuestras acciones, nunca la de sus consecuencias. Sois dueños de sembrar alegría o dolor en vuestro camino; no lo sois de alterar el orden de la vida. Podéis abusar, pero si abusáis, el dolor reprimirá el abuso. De cada uno de vuestros males, fuisteis vosotros mismos los que sembrasteis las causas.

El mayor error de vuestros tiempos es la ignorancia de la realidad moral, íntima orientación de la personalidad, que es el fundamento de la vida social.

El hombre de hoy se acerca a su semejante para sacarle algo, nunca para beneficiarlo. Vuestra civilización, que es económica, está basada en el principio

del “do ut des”, que es la psicología del egoísmo. Es la fuerza económica rigiendo siempre al mundo. La psicología colectiva no es más que la suma orgánica de esas psicologías individuales. La riqueza se acumula donde la fuerza la atrae, y no donde la necesidad o las exigencias superiores la reclaman; no constituye un medio para una vida de justicia y de bien, sino un instrumento de poder y un fin en sí misma. La ley de equilibrio es constantemente violada e impone reacciones. No domináis la riqueza, conduciéndola a fines más elevados, es la riqueza que os domina.

Trabajad, pero que la finalidad de vuestro trabajo no se reduzca sólo a provechos aislados y egoístas, sino a fructificar en el organismo social; sólo entonces se formará aquella psicología colectiva, que es la única base estable de la sociedad humana.

Haced el bien, pero recordad que el pobre no quiere tanto lo superfluo de vuestras riquezas sino que bajéis hasta él, que participéis de su dolor y ¡ojalá!, que lo toméis para vosotros en su lugar. Venerad al pobre: él es el rico de mañana. Apiadaos del rico, que mañana será el pobre. Todas las posiciones tienden a invertirse para que el equilibrio permanezca constante. La riqueza tiende a la pobreza y la pobreza, a la riqueza. ¡Ay de aquellos que gozan! ¡Bienaventurados los que sufren! Esta es la Ley.

No confiéis en el mundo, que reirá con vosotros mientras tengáis fuerza y bienestar; confiad mejor en mí, que vengo cuando sufrís y os traigo auxilio y consuelo. Ya veis, hoy, que el dolor existe realmente y que ni el escepticismo ni ningún poder humano consiguen alejarlo.

Este es el cambio radical que debe operarse: que la vida no sea más un acto de conquista, donde triunfe el más fuerte o el más astuto, sino un acto de bondad y de sabiduría en que el más justo sea victorioso. Investigando con vuestra ciencia, encontraréis en lo íntimo de las cosas esa suprema Ley de equilibrio que os gobierna; aprenderéis que la bravura de la vida no está en violar esa Ley, sembrando para vosotros mismos reacciones de dolor, sino en seguirla, sembrando efectos de bien. Debéis también aprender que el vencedor no es el más fuerte – ese es un violador – sino el que sigue conscientemente el curso de las leyes y sin violencia se equilibra en el seno de las fuerzas de la vida. Las religiones ya lo revelaron, pero no lo creísteis; la ciencia lo demostrará, y sin embargo no lo deseáis ver. El momento está maduro. ¡Ay de vosotros si, en esta victoria de civilización material en que vivís, deseáis aún perseverar en el nivel del bruto!

Está maduro el mundo, pero al mismo tiempo, cansado de tentativas y experiencias, del insoluble enmarañado de vuestros convenimientos; cansado de vivir del momento, frente a un mañana repleto de incógnitas; mas quiere prever y resolver seriamente los grandes problemas de la vida, quiere mirar el futuro francamente, aunque ello reclame un gran coraje. El mundo tiene necesidad de la palabra sencilla y fuerte de la verdad y no de nuevas astucias que ruedan por viejos caminos. El mundo espera esa palabra con ansiedad, así como la aguarda el momento histórico. La psicología colectiva tiene el presentimiento confuso de un gran cambio de dirección; siente que el pensamiento humano, no más infantil, se apresta a tomar las riendas de la vida planetaria y que el hombre va a sustituir el equilibrio instintivo y ciego de las leyes biológicas por otro equilibrio, consciente y deseado. Por ello está buscando la luz, para que su poder no naufrague en el caos. Con el siglo terminará vuestra psicología experimental y será sustituida por la psicología intuitiva que llevará muy lejos a vuestra ciencia. Nuevos hombres divulgarán la verdad; ya no serán mártires cubiertos de sangre, ni se asemejaran a los anacoretas de otrora, sino hombres de concepto y de fe, que lanzaran el pensamiento utilizando modernísimos recursos, hombres que servirán de ejemplo en medio del torbellino de vuestra vida.

Despedazad la férrea jaula que el pasado construyó para vosotros y donde ya no os queda espacio. Osad abandonar los viejos caminos; pero no oséis locamente, donde no hay razón para osadías; osad en la dirección de lo Alto y nunca osareis demasiado. Del gran mar de fuerzas latentes, que no percibís, una inmensa ola levantará al mundo.

¡Entretanto, tened fe! Vuestra crisis, si es profunda y dolorosa, hará, sin embargo, nacer el hombre nuevo del tercer milenio. Para resolverla, recordad que ella es mal de sustancia, que no se combate corrigiendo la forma, como tratáis de hacer. Para solucionarla es necesario que consideréis el problema en su sustancia; y su sustancia es el hombre, su psicología, su alma, donde se encuentra la motivación de sus acciones, la fuente original de los acontecimientos humanos. He ahí la clave del futuro.

Vuestro dos veces milenario ciclo de Civilización Cristiana está por agotarse; debéis retomararlo en un nivel más elevado, vivirlo más profundamente, no solamente creyendo, sino también “viendo”.

¡Ay de vosotros si, después de haber alcanzado el dominio del planeta, no domináis la máquina, la riqueza y vuestras pasiones, con un espíritu puro!  
Sois libres y podéis también retroceder. En el periodo que queda de este siglo se decidirá la suerte del tercer milenio. O vencer o morir: y la muerte esta vez, es la muerte peor, porque es la muerte del espíritu.

A todos yo digo: “*Resurgid* con mi resurrección”.

# **MENSAJE DEL PERDÓN**

*2 DE AGOSTO DE 1932, DÍA DEL  
“PERDÓN DE LA PORCIÚNCULA”  
DE SAN FRANCISCO DE ASÍS*

Hijo mío, mi voz no desprecia tus pequeñas cosas de cada día, sino que desde ellas se eleva hacia las grandes cosas de todos los tiempos.

Ama el trabajo, incluso el trabajo material. Cosa elevada y santa, el trabajo actualmente ha sido transformando en fiebre. ¿De qué no se ha abusado entre vosotros? ¿Qué cosa no ha sido aún desvirtuada por el hombre? Os excedéis en todo. Ignoráis el trabajo equilibrado que encierra un alto contenido moral, que busca lo necesario al cuerpo, al mismo tiempo que contenta al espíritu; transformasteis ese don divino, con el cual podríais plasmar el mundo a vuestra imagen, en tormento insaciable de posesión. Sustituisteis la belleza del acto creador, completo en sí mismo, por la codicia que nunca descansa. ¡Cuántos esfuerzos para envenenaros la vida!

Ama el trabajo, pero con espíritu nuevo, ámalo, no por lo que es en sí, sino como un acto de adoración a Dios, como manifestación de tu alma, nunca como fiebre de riqueza o dominio. No ligan tu alma a los resultados que pertenecen a la materia y, por lo tanto, están sujetos a la caducidad, pero si ama al acto, solamente el acto de trabajar. Que ni la posesión ni el triunfo sean tu recompensa, sino la íntima satisfacción de haber cumplido, cada día, tu deber, colaborando así en el funcionamiento del gran organismo colectivo.

Es ésta la única recompensa verdadera, indestructible, sólidamente tuya; las demás, rápidamente se disipan y se pierden. Aunque no obtuvieras un resultado concreto y tu fatiga no tuviese compensación, esta recompensa quedará contigo para siempre. Recompensa que es la paz del corazón, aquella paz que el mundo que cree prenderse a las cosas seguras porque son concretas, ha perdido para siempre.

Despégate de todo, incluso del fruto de tu trabajo, si quieres entrar en posesión de la paz. Ocupate de las cosas de la Tierra, pero sólo lo suficiente para que aprendas a desprenderte de ellas. La construcción debe localizarse en tu espíritu, debe ser construcción de cualidades y aptitudes de la personalidad y no edificación en la materia, que es un remolino de arena que ninguna huella sabe conservar.

Todo lo que quisierais que se os una eternamente, debe ser unido por cualidades y merecimiento, debe ser ligado por la fuerza sutil de la Ley, movida por vosotros, nunca por vuestra fuerza exterior, o por vínculos de vuestras convenciones sociales o aún por ligaciones de la materia. Sólo en este sentido se puede poseer realmente: de otro modo, no obtendréis sino la tristeza después de la ilusión y la conciencia posterior de la inutilidad de vuestros esfuerzos.

Otro problema grande para vosotros es el amor. Elevaos en amor, como debéis elevaros en todas las cosas, si queréis encontrar alegrías más profundas. Martillad vuestra alma, en un íntimo trabajo de cada día, que os lleva a la conquista de amores siempre más extensos, los únicos que tienen la resistencia de las cosas eternas.

Sabéis que el amor se eleva de lo humano a lo divino y que en esa ascensión no se destruye, sino que se fortalece, se perfecciona y se multiplica. Sígueme y, entonces podrás entonar el cántico del amor:

“Mi cuerpo tiene hambre y yo canto; mi cuerpo sufre y yo canto; mi vida está desierta y yo canto; para mí no hay caricias pero todas las criaturas vienen a mí. Mi hermano se me acerca como enemigo, para perjudicarme y yo le abro los brazos en señal de amor. Yo os bendigo a todos vosotros que me traéis el dolor, porque con él me traéis la purificación, que me abre las puertas del cielo. Mi dolor es un cántico que me hace subir. Alabado seas oh Señor, por lo que es la maravilla más grande de la vida: que las pobres intenciones malignas de mi prójimo sean para mí Tu Bendición”.

Estas enseñanzas más se dirigen más a vuestra intuición que a vuestro intelecto. Lo que os he dicho tiene un sentido más amplio: que la felicidad de los otros es vuestra única felicidad, verdadera y firme; significa la extinción de los egoísmos en un abrazo universal de altruismo. Todo ello puede ser de fácil comprensión, pero es difícil sentirlo. No busco vuestra razón que discute, sino esa visión interior que opera en vosotros, que siente por inmediata concepción, que ve con absoluta claridad y se lanza directa a la acción.

Os pido el ímpetu que solamente nace del calor de la fe y que nunca viene por los tortuosos caminos del razonamiento. No deseo erudición, disquisiciones o victorias del intelecto; quiero, sí, que veáis, en un acto sintético de fe y que inmediatamente viváis vuestra visión, y personifiquéis la idea avistada, y

resplandezcáis, vosotros mismos, en su esplendor. Solamente entonces la idea vivirá en la Tierra y, personificado en vosotros, existirá un momento de la concepción divina.

No estoy apelando al saber o a la inteligencia que no son patrimonio de todos, sino que vengo junto a vosotros por caminos no comunes y en vosotros penetro como un rayo que desciende directo a las profundidades y disipa las tinieblas, que resplandece y os arrastra a través de nuevas vías, con fuerzas nuevas, que levantarán al mundo como en un torbellino.

Hablaré también, para ser comprendido, el lenguaje frío y cortante de la razón y de la ciencia, pero usaré, por sobre todo, el lenguaje ardiente y directo de la fe. Mi palabra tendrá el trueno de comando y la ternura de un beso de madre.

Para ser comprendida por todos, mi palabra recorrerá los extremos de sabiduría y de sencillez, de fuerza y de bondad. Será llanto de aflicción y remolino de pasión; será nostálgico lamento, suspirando por una patria grande y distante, y también ímpetu de acción para conducirlos a ella. Mi palabra se deslizará, a veces, como un arroyuelo susurrante en una verde campiña, y os traerá la frescura de las cosas puras; otras veces tronará con los elementos enfurecidos en el ímpetu de la tempestad.

Quiero saber descender a lo íntimo de cada alma y adaptarme a fin de ser comprendido por todas; para cada una debo encontrar una palabra que la penetre en lo más hondo, que la sacuda, que la inflame y la arroje a lo Alto donde yo estoy, que la conduzca junto a mí, donde yo la espero.

Almas, almas pido yo. Para conquistarlas vine de las profundidades del infinito, donde no existe espacio, ni tiempo, vine a ofrecerlos mi abrazo, vine de nuevo a decirlos la palabra de la resurrección, para elevarlos hasta mí, para indicarlos una vía más elevada, plena de alegrías más altas.

Vosotros os identificasteis de tal modo con la vida física que ya no podéis sentir sino una vida limitada como la de vuestro cuerpo. ¡Pobre vida, breve en el tiempo y llena de inseguridades, enclaustrada en los límites de vuestros pobres sentidos! ¡Pobre vida, encerrada en un ataúd, en la sepultura que es el cuerpo a que tanto os agarráis! Mi voz encerrará todos los extremos de vuestras distintas psicologías.

¡Escuchadme!



No os enseñe a gozar de las cosas terrenas, porque son ilusorias; os indico las alegrías del cielo, porque solamente éstas son verdaderas. Mi verdad no es la verdad fácil del mundo; no os prometo alegrías sin esfuerzos, pero mi promesa no engaña. Mi camino es camino de dolor, pero yo os digo que sólo él es el camino de la liberación y de la redención. Mi camino es de lucha y está lleno de espinas, pero os hará resurgir en mí que os saciaré para siempre. No os digo: “Gozad, gozad”, como os dice el mundo. El mundo, sin embargo, os engaña, yo no os engaño.

Mi verdad es áspera y desnuda, pero es la verdad. Pido vuestro esfuerzo, pero os doy la felicidad. Os digo: “Sufrid”, pero junto a vosotros estaré en el momento del dolor; con piedad maternal, velaré por vosotros; midiendo todo vuestro esfuerzo, proporcionaré las pruebas según vuestra capacidad; finalmente, haré lo que el mundo no hace: enjugaré vuestras lágrimas.

El mundo parece que esparciera rosas, pero en verdad distribuye espinas; yo os ofrezco espinas, pero os ayudaré a recoger rosas.

Seguidme a mí que os he dado el ejemplo. Levantaos, oh hombres: el momento ha llegado. No vengo a hacer la guerra sino la paz. No vengo a traer discordancia con vuestras ideas ni con vuestras creencias: vengo a fecundarlas con mi espíritu, a unificarlas en mi luz.

No vengo a destruir sino a edificar. Lo que es inútil morirá por sí mismo, sin que yo os dé ejemplo de agresividad.

Desearíais agredir siempre, aún en nombre de Dios. Con que gran avidez ansiáis discusiones y luchas, lucha contra vuestros hermanos, prontos a profanar así también mi pura palabra de bondad. Mas yo os repito: “Amaos los unos a los otros”. No discutáis, mas dad el ejemplo de virtud en el dolor; amad a vuestro prójimo; aprended a estar siempre prontos a prestar auxilio, en cualquier parte donde haya un padecimiento que aliviar, una caricia que ofrecer. Vuestras eruditas disquisiciones han agriado los ánimos y no os han permitido avanzar un solo paso hacia el cielo.

No vengo a agredir, sino a ayudar, no a dividir, sino a unir, no a demoler sino a edificar. Mi palabra busca la bondad antes que la sabiduría. Mi voz a todos se dirige. Ella es amplia como el universo, solemne como el infinito y descenderá a

vuestros corazones, a veces con la suavidad de una caricia, otras veces arrastradora como un huracán.

De lo Alto y de muy lejos vengo hasta vosotros. No podéis percibir cuán largo es el camino que nosotros, hechos de puro pensamiento, debemos recorrer para superar la inmensa distancia espiritual que nos separa de vosotros, hundidos en el fango de la Tierra. Vuestras distancias psicológicas son más grandes y más difíciles de ser vencidas que vuestras distancias de espacio y de tiempo. Por eso, a veces, llego fatigado. Mi fatiga, sin embargo, no es cansancio físico: proviene sólo del desaliento que me nace de vuestra incomprensión. Y a pesar de ello, mi palabra tiene el sabor de la eternidad y del infinito, tiene tonalidad tan amplia como nunca poseyó la voz humana: deberíais reconocerme. No obstante vengo a vosotros lleno de amor y de bondad, y me repeléis. Yo, que veo los confines de la historia de vuestro planeta; yo, que en una rápida mirada veo sin esfuerzo toda la laboriosa ascensión de esta humanidad cuyo padre soy, hoy me hago pequeño, me limito y me encierro en un instante de vuestro momento histórico para que podáis comprenderme.

Si os hablara con mi voz potente, no me entenderíais. Mi mirada contempla la Tierra en los tiempos en que el hombre aún no existía, y la ve a lo lejos, navegando muerta en el espacio como un ataúd, un ataúd de todas vuestras grandezas. Veo vuestro sol moribundo, después muerto y a continuación llamado a una nueva vida. Veo, además de ese átomo que es vuestro planeta, una polvareda de astros que revolotean sin cesar por los espacios infinitos, y todos transportando con ellos humanidades que luchan, sufren, vencen y ascienden. Todo veo, todo leo en vuestros corazones como en los corazones de todos los seres.

Más allá de vuestro universo físico, veo un más grande universo moral, donde las almas, en su laboriosa ascensión, cumpliendo su diuturno esfuerzo de purificación hacia lo Alto, cantan el más glorioso himno a la Divinidad. En el centro moral del universo existe un gran esplendor que a todos los seres atrae, con una fuerza de gravitación moral más poderosa que aquella que mantiene asociados en el espacio a las grandes masas planetarias y estelares. Todo veo, pero no hablo para no perturbaros. Todo veo y mi mano vigorosa asegura el destino de los mundos. Podría cambiar el curso de los astros, pero nosotros somos ley, orden y equilibrio y rechazamos toda violación. Empuño el destino de los pueblos y, sin embargo, vengo humildemente hasta vosotros, para, entre vosotros, aspirar el perfume que se desprende de un alma sencilla. Ese es mi único consuelo cuando desciendo a vuestro mundo, a las capas profundas y sombrías de materia densa, formadas por

cosas bajas y repugnantes. Aquel perfume parece perderse en vuestra atmósfera cargada de emanaciones perniciosas, como sobrepujado por la marea ascendente del mal. No obstante yo lo distingo, lo selecciono y lo recojo, como se recoge una joya humilde pero preciosa. Recojo la flor delicada, sutil y gentil, salida del fango, y la guardo en mi corazón, para que ahí repose. Es el único cariño que encuentro en vuestro mundo, el único cántico, puro y dulce, que me hace descansar. Así como el niño descansa con los cánticos de su madre, que le parecen los más bellos, así me arrullo, invadido por infinita dulzura, en el regazo de esas voces humildes dispersas en vuestro mundo.

Esa es la única tregua en medio del trabajo de iluminaros y guiaros, oh hombres rebeldes, que creéis dominar y sois dominados, que creéis subir, pero en verdad bajáis. Yo podría, sin embargo, espantaros por medio de prodigios, aterrorizaros con cataclismos. ¿Entonces, os convencería? Mi mano se levanta sobre vosotros, que sois malos, como una bendición, nunca para venganzas.

Escuchad con atención esta gran palabra: deseo que el equilibrio violado por la maldad, se restablezca por los caminos del amor, no por los del castigo. ¿Comprendéis la gran diferencia?

He ahí las razones de mi intervención, de mi presencia entre vosotros.

La Ley quiere el equilibrio. Es la Ley. Vosotros la habéis violado con vuestras culpas, ultrajando así a la Divinidad. El equilibrio “*debe*” restablecerse, la reacción “*debe*” tener lugar, el efecto “*debe*” acompañar a la causa, por vosotros libremente deseada.

Dios os quiere libres, ya lo sabéis. Pues bien, yo vengo para que el equilibrio se restablezca por los caminos del amor y de la comprensión; vengo a incitaros, con palabras de fuego, a comprender, a estimularos a retomar libremente el camino de la redención; vengo para que finalmente hagáis de vuestra libertad un uso que os eleve y salve y no que os rebaje y condene. Vengo a haceros conscientes de esa Ley que os guía y de la manera de restaurar el orden violado, para que esa violación no recaiga sobre vosotros, como tremendo choque de retorno que destruya vuestra civilización. Vengo a salvaros, para salvar lo que de mejor poseéis, lo que fatigosamente los siglos han venido acumulando, al precio de muchos dolores y mucha sangre.

¡Entre la férrea necesidad de la Ley que, inexorablemente, vuelve al equilibrio, interpongo hoy mi amor y mi luz, como interpuse ya mi dolor y mi martirio!

Temblad ¡oh hombres! El momento es supremo. Es por motivos supremos que desde lo Alto desciendo hasta vosotros. Escuchadme: el mundo será dividido entre aquellos que me comprenden y me siguen, y aquellos que no me comprenden y no me siguen. ¡Ay de éstos últimos! Los primeros encontrarán asilo seguro en mi corazón y serán salvos; sobre los otros la Ley, ya no compensada por mi amor, se desencadenara inevitablemente y serán arrastrados por un vendaval sin nombre hacia las tinieblas indescriptibles.

No os ilusionéis: reconoced mi voz. Reconocedla por su inmensa tonalidad, por su bondad ilimitada. ¿Algún hombre por ventura, ya habló así? Os hablo de cosas sencillas y de cosas elevadas, de cosas buenas y de cosas tremendas. Soy la síntesis de todas las Verdades.

No me cerréis las puertas de vuestra alma, mas escuchad, ponderad, dejad todos que este rayo de luz que viene de Dios, descienda a vuestra conciencia y la ilumine. Yo os lo ruego, humillándome en vuestra presencia; humildemente, para vuestra salvación, yo os suplico: ¡escuchad mi voz!

Que la paz descienda sobre vosotros. ¡La paz! ¡La paz que ya no conocéis, descienda sobre vuestras almas! Entre vosotros y la divina justicia está mi oración que dice: “Dios, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

¡Pobres seres perdidos en la oscuridad de sus pasiones; pobres seres que tomáis por luz verdadera el oropel fascinador de las cosas falsas de la Tierra! ¡Pobres seres malvados y perversos! Y, sin embargo, sois mis hijos y por amor a vosotros subiría de nuevo a la Cruz para salvaros otra vez. Pobres seres que, en una victoria efímera de materia, que llamáis civilización, habéis perdido completamente el único reposo del corazón - ¡mi paz!

Escuchadme. Os hablo con amor, inmenso amor. Fui por vosotros insultado y crucificado, y os perdoné; todavía os perdono y todavía os amo. Os traigo la paz. Vuelvo a vosotros para hablaros de una ciencia que la vuestra no conoce, para pronunciaros la palabra que ningún hombre sabe decir, palabra que os saciará para siempre.

Escuchadme.

Mi voz conducirá vuestro corazón a un éxtasis que ninguna victoria material, que ninguna grandeza del mundo jamás os podrá dar.

En un relámpago de intuición, mi luz esparcirá sobre vosotros una comprensión a la que los laboriosos procesos de vuestra razón no llegarán jamás. La razón, hija del egoísmo, discute y calcula. Yo soy un relámpago que a vosotros enciende y puedo, en un instante, transformaros en héroes. Aceptad, os suplico, este don supremo que os ofrezco y por el cual vine de tan lejos hasta vosotros: aceptad esta dádiva espléndida, que es mi paz. Es la bienaventuranza del cielo que os traigo a manos llenas; es la felicidad que ninguna cosa terrena jamás os podrá dar. Reconoced mi paz. Para recibirla, abrid todas las puertas de vuestra alma, saciaos en ella, embriagaos en ella. Es un don inmenso que os traigo del seno de Dios, es una gracia con que mi inmenso Amor recompensa vuestra ingratitud.

Vengo hasta vosotros trayendo los más bellos dones, para derramar sobre vuestras almas la verdadera felicidad. Vengo a suavizar la Justicia Divina. Hice un largo y fatigoso viaje, desde mi cielo radiante hasta vuestras tinieblas. Vine espontáneamente, por el amor que os consagro. No renovéis las torturas del Getsemani, las angustias de la incomprensión humana, los tormentos de un inmenso amor repelido.

¿Quién soy yo? Me preguntáis.

Soy el tibio calor del sol matinal que vela el abrirse de la flor que nadie ve; soy el equilibrio que, en la variación alternadora de los elementos, a todos garantiza la vida. Soy el llanto del alma quebrantada en que despunta la primera visión de lo divino. Soy el equilibrio que en los cambios de los acontecimientos morales, a todos promete salvación. Soy el rey del mundo físico de vuestra ciencia; soy el rey del mundo moral que no veis.

Siempre me buscáis, en todas partes. Pero de fibra en fibra, en vuestras mesas de anatomía, de molécula en molécula en vuestros laboratorios, siempre más profundamente os escapo. Vosotros me procuráis dilacerando y disecando la pobre materia: pero yo soy espíritu y animo todas las cosas. No con los ojos y los instrumentos materiales, sino con los ojos y los instrumentos del espíritu podréis encontrarme.

Soy la sonrisa del niño y la caricia materna; soy el gemido del moribundo que implora salvación; soy el calor del primer rayo de sol de la primavera que trae la vida y soy el vendaval que trae la muerte; soy la belleza evanescente del instante fugitivo; soy la eterna armonía del universo; soy Amor, soy Fuerza, soy Concepto, soy Espíritu que todo vivifica y está siempre presente; soy la Ley que gobierna el organismo del Universo con maravilloso equilibrio; soy la Fuerza irresistible que impulsa todos los seres a la ascensión; soy el cántico inmenso que la creación entona al Creador. Todo soy y todo comprendo, hasta el mal, porque lo envuelvo y lo limito a los fines del Bien. Mi dedo escribe, en la eternidad y en el infinito, la historia de innumerables mundos y vidas, trazando el camino ascensional de los seres que vuelven a mí, seres que atraigo con mi Amor y que recogeré en mi luz.

Muchos mundos ya vi antes que el vuestro, muchos veré después de él. Vuestras grandes visiones apocalípticas para mí son pequeñas encrespaduras en el tiempo. Vendré entre rayos de tempestad, para doblegar a los soberbios y elevar a los humildes. Vendré victorioso en mi gloria y en mi poder, triunfante del mal, que será rechazado hacia las tinieblas.

Temblad, porque cuando yo no sea ya el Amor que perdona y os protege, seré el estallar del torbellino, seré el desencadenar de los elementos sin frenos, seré la Ley que, ya no frenada por mi voluntad, inexorablemente explotará sobre vosotros, trayendo consigo la ruina.

Todo en el universo está conectado: causas físicas y efectos morales, causas morales y efectos físicos. Un organismo compresor os envuelve y en él estáis presos en cada acto vuestro.

Mi poderosa mano asegura el destino de los mundos y, sin embargo, sabe descender hasta la más humilde criatura para enjugarle, cariñosamente, el llanto. Esa es mi verdadera grandeza.

Oh vosotros que temblando me admiráis en el ímpetu de la tempestad, admiradme, mejor, en el poder que tengo de hacerme humilde para vosotros, en el saber descender de mi elevado reino a vuestra tiniebla; admiradme en esa fuerza inmensa que poseo de reducir mi poder a una debilidad que me torna semejante a vosotros.

No os pido que comprendáis mi poder, que me sitúa bien lejos de vosotros: os ruego que comprendáis mi amor que me asemeja a vosotros y me coloca a vuestro

lado. Mi poder podría espantaros y atemorizaros, pero os daría de mí una idea superada, la idea de un señor vengativo y despótico. No quiero más vuestra obediencia por temor. Ahora debe despuntar una nueva aurora de conciencia y de amor. Debéis elevaros hacia una ley más alta y yo retorno hoy para anunciaros la buena nueva. No soy más vuestro señor vengativo y despótico, como era necesario entre pueblos de otros tiempos, sino que soy vuestro amigo y hablo con palabras de bondad a vuestro corazón y a vuestra razón.

No debéis temer más, sino comprender. Vuestra razón infantil ya despertó y en ella vengo a lanzar mi luz. Soy síntesis de verdad y por todas partes lo verdadero surgirá, por todos los ángulos de la Tierra se elevará en la luz de vuestro intelecto.

No traigo lucha, sino paz. No traigo divisiones de conciencia sino unión de pensamientos y de espíritus.

La humanidad terrestre se acerca a su unificación, en una nueva conciencia espiritual. No os insultéis, antes bien, comprendeos los unos a los otros. Que cada uno contribuya con su granito a la gran fe y que ésta os torne a todos hermanos.

Que la religión, que es revelación mía, y la ciencia, que es vuestro esfuerzo, y todas vuestras intuiciones personales se unan estrechamente en una gran síntesis y sea ésta una síntesis de verdad.

Porque yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.

# MENSAJE A LOS CRISTIANOS

*EN EL XIX CENTENARIO  
DE LA MUERTE DE CRISTO*

Oh Cristianos del mundo entero, ¿qué habéis hecho en diecinueve siglos de trabajo, por la realización, en la Tierra, del Reino de los cielos?

Junto a la creación de una civilización, a la dirección milenaria dada al pensamiento humano, a colosales obras de arte, a una multitud de mártires, genios, santos; junto a todo el bien que el Cristianismo ha traído por fuerza de la divina centella que lo anima, ¡cuanto mal proveniente de la debilidad humana en cuyo seno ha obrado! ¡Cuánta resistencia habéis opuesto a ese divino impulso que ansía por elevaros! ¡Cuánta tenacidad la vuestra para permanecer sustancialmente paganos! ¡Cuántas tempestades no ha desencadenado el hombre con sus pasiones, en torno de la nave de la Iglesia de Roma!

La dura necesidad de comprimir el incoercible pensamiento en la forma y de cubrir la verdad resplandeciente con un velo de misterio, fue impuesta por vuestro instinto de rebeldía, que de otro modo habría llevado al principio original a fragmentarse en el caos.

Algunas elevadas verdades que el Cristianismo contiene no pudieron ejercer su acción sino, por motivo de la inmadurez de los hombres; ciertas libertades no pueden ser concedidas a seres que están siempre prontos a abusar de todo. Y si la Iglesia no estuvo algunas veces a la altura de su misión, esto se debió a vuestra debilidad humana y el ir en contra del impulso divino. ¡Qué inmenso esfuerzo, que largo camino debe recorrer la idea divina hasta poder concretarse en la Tierra!

¿Nunca os preguntasteis qué inmensa fuerza moral representaría en el mundo si fuerais verdaderamente Cristianos? ¿Nunca os preguntasteis qué paraíso sería la Tierra si hubieseis comprendido y practicado la buena nueva del amor evangélico? En vez de ello, ¡qué triste espectáculo! ¡La palabra de unidad se subdividió, el rebaño está desunido, los hijos de Cristo no son hermanos sino enemigos!

Ha llegado la hora de que despertéis a la luz de una conciencia mayor. El tiempo maduró el momento de grandes conmociones, incluso en el campo del espíritu. Y en el momento decisivo yo vengo a lanzar en el mundo la idea decisiva. Vengo a reuniros a todos, oh Cristianos del mundo, para que por sobre la forma que os



divide, os reunáis en torno de la figura de Cristo y en la sustancia reencontréis la unidad.

Eso os digo en su nombre, cuando se cumplen diecinueve siglos de su muerte y la historia se encamina hacia el tercer milenio. Os digo que debéis abrazaros nuevamente en vista de la amenaza del inminente momento histórico, para que vuestra unión constituya una barrera contra el mal, que se prepara, para desencadenar un tremendo ataque. Las grandes luchas exigen las grandes unificaciones.

No toco en vuestras divisiones de forma, pero acentúo la sustancia de la idea de Cristo, de la que nacieron todas vuestras creencias. Quiero que se vivifique la fe, desfalleciente en vuestras almas, que se reanime la fe en las cosas eternas, escritas ya con tanta simplicidad, que de nuevo viva el sencillo espíritu del Evangelio y os haga a todos hermanos. Eso es lo único que necesita el mundo y esa es la solución para todas las crisis. No son necesarios nuevos sistemas: es necesario que surja el hombre nuevo.

Yo vengo para unir, no para dividir; traigo paz y no guerra. No toco vuestras organizaciones humanas, pero os digo: Amaos en nombre de Cristo y vuestras organización se harán perfectas.

Antes de iniciarse el nuevo milenio, todos los valores humanos sufrirán una gran revisión y la fe se enriquecerá con la contribución de la razón y la ciencia. En la inminencia de los tiempos, que toda la Cristiandad vuelva su mirada hacia el faro de Cristo.

Venid todos vosotros, oh hombres que os ilusionáis creyendo poseer una verdad diferente. Dios es la verdad única, sustancialmente idéntica en todas las religiones, en la ciencia como en la fe.

Si los caminos, las aproximaciones son diferentes, el principio y la meta son la misma idea pura y simple del amor fraternal, idea tanto dominante en el Evangelio como en el universo. Los diversos profetas afirmaron con variación de poder y aspectos el mismo principio.

La humanidad se encamina hacia las grandes unidades políticas y espirituales. Que no surjan nuevas religiones, mas que las existentes se unifiquen en una fusión de

fe que envolverá al mundo. El progreso se encuentra en el amor recíproco que une, nunca en esa rivalidad que divide.

Paz, unión y amor sean con vosotros en mi bendición.

# MENSAJE A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

*En el XIX Centenario  
de la muerte de Cristo*

Desde lo alto de la Cruz os contemplo, hombres de buena voluntad, de todas las razas y creencias. Estas os dividen; mi palabra os unifica.

No hablo solamente a los Cristianos, sino a todos mis hijos, que son los justos de la Tierra, cualquiera sea su raza o fe. Hablo a todos, sin considerar vuestras diferencias humanas. Mi palabra es universal como la luz del sol. La Divinidad no se puede aislar en una iglesia particular. Yo os digo lo que es verdadero y justo, y lo que os digo perdura así, a cualquiera que le sea dicho. La mentira que me desfigura pasa; yo permanezco. No importa que la bondad sea explotada por los malvados; el Bien acaba por triunfar. Yo los amo a todos.

Vosotros, hombres, buscáis estandartes limpios para transformarlos en mantos brillantes. ¿Y quién puede impedir que en vuestro mundo de hipocresías, los malos se escondan a la sombra de las cosas puras y que los falsos se cubran con los refulgentes mantos de que se apoderan? Entonces, las creencias y las religiones dejan de ser una idea, un principio, para volverse un aglomerado de intereses, una organización de castas.

Así, formasteis jerarquías, sectas, órdenes y grandezas que no tienen correspondencia en el cielo. Vuestras clasificaciones son absolutamente humanas, ficticias, de acuerdo a las apariencias de la Tierra y no a los valores intrínsecos del espíritu. Por ello quedarán ahí en vuestro mundo y nunca se elevarán más allá de la Tierra.

Mi distinción es diferente. Los elegidos son los que siguen mi camino de dolor y de renuncia, de humildad y de amor. Venid a mí, vosotros que sufrís. Sois los grandes, los elegidos del cielo. Esta es mi clasificación. Las que son hechas por los hombres no tienen valor. No cuenta el manto refulgente, sino el hombre que está debajo. Solamente en el camino del dolor y del amor encontraréis los que son grandes en mi Reino. He ahí donde, en la lucha absurda entre tantas voces y organismos contrarios, encontraréis el bien, la justicia y la verdad.

En todas partes, en vuestras agrupaciones, se encuentran los buenos y los malos; estos últimos, a menudo, intentando disputarse una verdad que ninguno de ellos

posee. La verdad está en el corazón y en los actos y no en las formas y en las posiciones humanas.

Buscad el Bien; procurad al hombre, donde quiera que esté, no el estandarte. Insistid en el hombre, en la desnuda e intrínseca realidad de sus valores íntimos y no en las señales que lo distinguen exteriormente. Estas se pueden falsificar, el hombre no. El estandarte puede reducirse a un índice de intereses colectivos; el hombre sigue solo por el camino de su destino.

Justos e injustos se encuentran mezclados sobre la Tierra, para pruebas reciprocas; los encontraréis juntos, los verdaderos y los falsos, usando todos el mismo nombre de la verdad. Sólo yo que leo en los corazones los distingo, como también puede hacerlo la voz de vuestra conciencia, donde yo hablo.

Mis hijos están, por eso, en todas partes, pero no los veis. Sólo yo los veo. El dolor y la muerte, que matan a otros, los elevan. Mi manera de diferenciar está por sobre todas las categorías humanas.

Mi Reino no es de la Tierra. Su Rey no tiene cuerpo físico. Sus grandes nada poseen en el mundo, pero sufren y aman.

Mi religión más profunda no tiene forma terrena, no posee ninguna de esas exterioridades propias de la materia y de la imperfección humana, y que siempre fueron la base de todos los abusos.

Mi altar es el dolor, mi oración es el amor, mi religión es la unión con Dios en el pensamiento y en los actos.

Por sobre todas las formas que os dividen oh hombres de la Tierra, yo soy el principio que os une en mi amor.

**MENSAJE DE LA PAZ**  
*EN LA NOCHE DEL JUEVES  
SANTO, EN EL MONTE DE  
SANTO SEPULCRO, DELANTE  
DEL VERNA. PASCUA DE 1943*

Mi último mensaje, en la Pascua de 1933, XIX Centenario de la muerte de Cristo, dirigido en dos momentos a los Cristianos y a los hombres de buena voluntad, fue mi última palabra en aquel ciclo de preparación y expectación.

Ya se encuentran maduros muchos acontecimientos allí preanunciados.

Vuelvo hasta vosotros, en esta Pascua de 1943, después de diez años, en la violenta constricción de un dolor que parecía imposible y sin embargo se hizo realidad, para traer consuelo a los hombres y a los justos, a los que creen; para decir, en medio del estruendo de la destrucción universal, la equilibrada palabra de la paz. Es éste, pues, el mensaje de la paz.

Tened fe y la fe os hará superar todas las pruebas. Dios las permite para que aprendáis a usar vuestra libertad y no para vuestra destrucción. No os extraviéis en el caos. Este es sólo aparente. Hundidos como estáis, en el detalle, en la aflicción, en la fatiga, no veis y no comprendéis el bien que existe más allá de la apariencia del mal.

Dios, sin embargo, invisible y omnipresente, está a vuestro lado, camina con vosotros, acompaña vuestros pasos y os guía; siempre os proporciona, más allá del aparente desorden, el orden inmenso y eterno de sus sabias leyes. Su mano se inclina hacia el humilde, hacia el débil, hacia el vencido, para alzarlo. Que os conforte esta afirmación de una divina ley de justicia por sobre la ley humana de la fuerza.

Delante de una encrucijada os dejé e hicisteis la elección, y el mundo tiene la prueba que libremente deseó.

Desde que os dejé, el mundo ha recorrido velozmente el camino de la Historia. El más intenso camino y la más provechosa lección se encuentran en el dolor, escuela y sanción de Dios.

Descansaréis. Ello es necesario, para que los resultados del esfuerzo desciendan en profundidad y sean asimilados. No os detengáis, sin embargo, en los detalles del momento o del caso particular, que no constituyen toda la vida. Esta se encuentra en las grandes trayectorias de desarrollo de la Ley, en que se expresa el pensamiento de Dios.

Solamente elevándoos encontrareis la verdad universal, inmóvil en el movimiento, la justicia perfecta. Solamente si os transportáis por sobre las contingencias del momento y del lugar, encontraréis la completa libertad, la tranquilidad de lo absoluto, la paz que está más allá de la victoria o de la derrota, la verdadera paz, tan distante de las cosas humanas.

Elevarse es la gran meta de la vida – elevarse por los caminos del espíritu - y ese trabajo, siempre posible y libre, puede ser seguido y llevado a cabo por quien sea, en cualquier época o lugar. Nadie, en ningún caso, puede quitaros esta libertad de construir a vosotros mismos, de avanzar así en cualidad y potencia. Y esta ascensión es lo que más importa; es para alcanzarla que sufrís las pruebas de la vida.

Después de cada curva de la Historia, se obtiene su zumo, su verdadera cosecha, que es la ascensión.

Las verdaderas riquezas no se encuentran fuera de vosotros: están en vuestro íntimo y son ellas que os hacen más poderosos y felices. Son vuestras cualidades las que nunca se perderán y no vuestras posesiones materiales, que han de desaparecer.

Cualquiera sea el turno de vencedores o vencidos, sucederán, como ola tras ola, las multitudes de los que sufren y de los que gozan, y el triunfo puede ser instrumento de perdición y la desventura de resurrección. Ninguna vida, ninguna fuerza, puede ser anulada; todo sobrevive transformándose. Sustancialmente, la guerra a nadie destruye.

Mi palabra, que está más allá del mundo y de sus luchas, dice, repitiendo la Ley de Dios que rige la vida: ¡ay de quien poseyendo sólo la superioridad de la fuerza, de ella abusa, olvidando la justicia! Todo se compensa en la Ley y se paga con largas reacciones sucesivas de odios y venganzas.

La palabra del equilibrio enseña al vencedor que no es lícito abusar de la victoria, pues por ello, se paga, e indica al vencido los caminos del espíritu, en cuya libertad es posible restaurar las propias fuerzas delante de cualquier esclavitud exterior. El primero choca contra los límites naturales de la fuerza, el segundo en las privaciones encuentra la libertad.

El sol volverá a brillar y la vida florecerá de nuevo, después de la tempestad. Es ley de equilibrio. Lo que importa, sobre todo, es que aprendáis la lección. Pero recordad: que cada uno guarde en la profundidad del espíritu, con el poder de una convicción, de una cualidad adquirida, el fruto de tantas pruebas. Y que el nuevo florecimiento de vida no irrumpa en una algazara loca de carne satisfecha, en una orgía de materia triunfante.

La finalidad de la guerra y el contenido de la victoria no se encuentran en el triunfo de la materia, sino en un triunfo en el espíritu, en una nueva civilización.

Ay de vosotros, si no hubierais aprendido la dura lección y no cambiáis de ruta. Si, en vez de subir por los caminos del espíritu, volvéis a recorrer las viejas vías, habéis de recaer bajo las mismas dolorosas consecuencias, cada vez más graves.

Mi voz es universal y se desvía de las distinciones humanas. Tiene a veces, sin embargo, necesidad de descender. Se dice entonces, con escándalo: Dios es parcial. Pero existe una balanza, un reflejo de justicia, un orden también en la Historia y esto se debe realizar. La imparcialidad absoluta sería indiferencia y ausencia de Dios. La justicia y el orden, que son los principios del ser, deben descender también a la Tierra y ahí obrar, influyendo sobre el mal y vencéndolo, en el choque de las fuerzas.

De otro modo, Dios estaría solamente en el cielo, y no presente y activo también en el mundo, entre vosotros, en medio de vuestras luchas. El está allí precisamente para guiarlas, para que no se reduzcan a absoluta destrucción y caos, sin que sean instrumentos de construcción y de bien. El las guía, para que las pruebas y los dolores del mundo redunden en el fruto que es la ascensión del espíritu, objetivo de la vida.

Os dejo, por ello, para consuelo de los justos, estas verdades: vuestro esfuerzo, aunque no pueda ser sino individual y aislado, cuando es sano y sincero y se dirige al supremo fin de la elevación espiritual, también se encuentra en la trayectoria de la vida y es, por ello, protegido y animado, porque esa es la trayectoria ordenada

por la Ley de Dios. Por esa misma Ley, según la cual el universo es construido y regula su funcionamiento orgánico, las fuerzas del mal, a pesar de todas las dificultades y resistencias, jamás podrán prevalecer sobre las fuerzas del bien.

Es determinístico, pues, el triunfo final del espíritu y en el espíritu venceréis. Esa victoria vale el inmenso dolor que cuesta.

Ya está siendo ejecutado ampliamente el plan divino de la vida.



## **MENSAJE DE LA NUEVA ERA**

*EN LA NOCHEBUENA DE 1953, EN  
SAN VICENTE (SAN PABLO), BRASIL,  
TERMINÁNDOSE EL CICLO DE LOS  
“GRANDES MENSAJES”.*

En el silencio de la noche sagrada, como la primera vez que te hablé para iniciar la Obra, vuelvo ahora a hablarte, después que ella se ha ido desarrollando durante tantos años.

Vuelvo en mi ritmo decenal, empezado en la Pascua de 1933 con el Mensaje a los Hombres de Buena Voluntad y Mensaje a los Cristianos y continuado en la Pascua de 1943 con el Mensaje de la Paz.

Aún ahora, diez años después, en 1953, vuelvo a hablaros, pero en la Navidad, porque este es día de nacimiento y este es el mensaje de la vida nueva: en la Navidad, tal como en la Navidad de 1931, porque después de todos los otros Mensajes Pascuales, este es el Mensaje que concluye la serie.

Vengo a daros la palabra de la esperanza, porque en el caos del mundo están despuntando las primeras nuevas luces de la aurora. El tiempo camina y acabáis de entrar en la segunda mitad del siglo, durante la cual se realizará, lo que fue anunciado en mi primer mensaje de la Navidad de 1931. Habéis entrado así en la fase de preparación activa de la nueva civilización.

Vengo a hablaros en la hora deseada por el ritmo que preside el desarrollo ordenado de los acontecimientos, de acuerdo a la voluntad de lo Alto.

El trabajo avanzó tenaz y constante, durante veinte años, que ahora se están acabando, atravesando tempestades que destruyeron naciones y revolviéron el mapa político del mundo; avanzó resistiendo todo, constante y tenaz, como sucede con las cosas deseadas por lo Alto. El trabajo avanzó cubierto por el silencio, protegido por la sombra de la indiferencia general, confiado aparentemente a un pobre hombre solo, con medios humanos mínimos, venciendo sólo con las fuerzas de la sinceridad y de la verdad, de la manera más humilde y sencilla, mientras que

vuestras mayores organizaciones humanas se desmoronaron. Hoy el milagro se cumplió. Esto es para vosotros prueba de verdad.

Tenéis hoy bajo vuestros ojos un sistema completo, que con un principio unitario resuelve todos los problemas y contesta a todas las preguntas. Poseéis hoy la orientación que os da la llave para explicar los enigmas del universo. De ahora en adelante podréis usarla también solos, para continuar la indagación a lo infinito, en lo particular analítico.

Las generaciones pasarán, mirando la ciclópea construcción de pensamiento elevada hacia lo Alto en la hora del destino del mundo. En el vértice de la pirámide resplandecerá una luz para iluminar el mundo y esa luz se llama: Cristo.

Y las generaciones caminando, caminando por el interminable camino del tiempo, verán desde lejos el faro que les indica la ruta, y a su vez se la indicarán los unos a los otros, diciendo: ¡Coraje! Pesado es el dolor y largo el camino de la evolución, pero tenemos un guía. Allá desde lo Alto, Cristo nos mira y nos habla. No estamos solos, El está con nosotros. A sus pies, como pedestal, se encuentra la pirámide del conocimiento, hecha de pensamiento que es su luz. A la fase más elemental de la fe le sucedió la fase más avanzada del conocimiento, completada a su vez con el Amor. Y, acompañado del conocimiento, Cristo vuelve a la Tierra para realizar su Reino, anunciado hace ya veinte siglos.

El ritmo de los mensajes empezó en la Navidad de 1931, continuó en 1932 y terminó en la Pascua de 1933 (en el XIX Centenario de la Muerte de Cristo), resurgiendo después sólo en ritmo decenal. El primer mensaje apareció a fines de 1931, como el Cuerpo de Cristo fue sepultado en la noche del Viernes Santo. Los mensajes continuaron apareciendo en 1932, como el Cuerpo de Cristo continuó yaciendo en el sepulcro el Sábado Santo. Ellos terminaron con el último mensaje, en la Pascua de 1933, centenario de su muerte, como su cuerpo resucitó en la aurora del tercer día. Después volvieron, la segunda y la tercera vez, con un ritmo de diez años, y ahora cumplen los veinte años, equivalentes a los veinte siglos pasados desde entonces.

Os indico estas armonías para haceros comprender su significado. Ellas eran ignoradas por mi instrumento, el cual no las había proyectado porque lo Alto no se las había dado a conocer. Lo que es armónico viene de lo Alto, lo que es disonante proviene de abajo. Este mensaje de hoy corresponde al fin del II milenio y os lanza en los brazos del III, de la nueva civilización. Esto corresponde al tercer día, en la

aurora del cual se dio la Resurrección. Que esta imprevisible concordancia de ritmos, esta musicalidad también en la forma de la génesis de la Obra, sea para vosotros una prueba más de verdad.

Porque este mensaje os lanza en brazos del III milenio, se denomina Mensaje de la Nueva Era. El mundo materialista está luchando frenéticamente por su autodestrucción. El dragón será muerto por su propio veneno. La vida que nunca muere se está preparando para sustituir el mundo viejo por el nuevo: el reino del espíritu en cuya realización Cristo triunfará. La humanidad estuvo esperando dos mil años en torno de la Buena Nueva, pero finalmente llegó la hora de realizarla. La vida se aprovechará de las tempestades que las fuerzas del mal están prontas a desencadenar, para purificarse, aprovechará la destrucción para reconstruir más en lo Alto.

De este modo, repito las palabras de mi primer Mensaje de la Navidad de 1931: “La destrucción es necesaria... Es necesario un gran bautismo de dolor, para que la humanidad recupere el equilibrio, libremente violando: gran mal, condición de un bien mayor. Después la humanidad, purificada, más leve, más seleccionada por haber perdido sus peores elementos, se reunirá en torno de los desconocidos que hoy sufren y siembran en silencio; y retomará, renovada, el camino de la ascensión. Empezará una nueva era: dominará el espíritu y no la materia, la que será reducida al cautiverio...”

Encontráis de este modo mis palabras tanto al principio como al final. Hoy, sin embargo, estáis veinte años más adelantados en el tiempo, es decir, en la maduración de los acontecimientos. Hoy os encontráis en la plenitud de los tiempos. Aquella idea, desarrollada ya a través de tantos volúmenes, se prepara hoy a hacerse realidad. La revuelta luciferina del ateísmo materialista está por desencadenar contra Dios su última lucha desesperada por el triunfo absoluto, esfuerzo supremo que terminará con su completo desmoronamiento. Y Dios hará ver a la humanidad aterrorizada, para su propio bien, que sólo El es el señor absoluto.

Estáis aún entre densas tinieblas. Pero más allá de ellas el sol brilla y está por despuntar, para inundar el mundo de luz y calor. El otro margen del nuevo Reino está cercano y la humanidad se encuentra pronta para desembarcar en él. El nuevo continente se abre ya a los ojos del navegante hábil, y la humanidad, después de la gran travesía de dos milenios, puede gritar: ¡tierra, tierra! Es por ello que este se

puede llamar el Mensaje de la Nueva Era, porque no viene ya a anunciar la Buena Nueva sino su realización.

Así como todo se cumplió hasta aquí con inexorable ritmo, también todo continuará cumpliéndose. Con este segundo mensaje decenal queda terminado el período del II milenio, se cumplió el ritmo preparatorio del tercer día de la Resurrección, como del III milenio. Ahora que os conduje hasta aquí, a las puertas de este milenio, con el presente Mensaje, el ciclo de los Mensajes está terminado. Este ciclo precedió y acompañó la Obra, que ahora continúa en el hemisferio opuesto a aquel en que ella fue iniciada y desarrollada, en las playas de las nuevas tierras en que nacerán las nuevas grandes civilizaciones del futuro.

La pirámide está allá. Mientras el mundo se encamina cada vez más hacia la concreción, ahora fatal, de su deseado destino, sobre aquella piedra posará el pie y se elevará la figura de Cristo, que resplandeciendo, iluminará como un faro la vía a los caminantes en busca de luz, para orientarlos a través de los largos caminos de las ascensiones humanas.

Tened fe, tened seguridad. La Nueva Era os aguarda. En la gran lucha Cristo es el más fuerte y El estará con vosotros y con todos aquellos que creen en El.

***FIN***